

El Ayuntamiento

VICENTE MEDINA

PRIMER ALCALDE

(4)

El Naufragio

Narración poética

POR

VICENTE MEDINA

PRIMERA EDICION

~~~~~  
PRECIO: 25 CÉNTIMOS DE PESETA  
~~~~~

CARTAGENA

Imprenta de la Gaceta Minera
Serreta, 20 y 22
1895

© Ayuntamiento de Murcia

R. 9224

Advertencias

El producto de la venta de esta primera edición, que constará de cuatro mil ejemplares, se distribuirá en la siguiente forma:

El 50 por 100, á las familias pobres de las víctimas del "Reina Regente".

El 20 por 100, á los corresponsales encargados de la venta.

El 30 por 100, al pago de los gastos hechos en la publicación de esta obra.

Los pedidos se servirán mediante pago adelantado, en libranzas del Giro Mútuo, letras de fácil cobro ó remesas en metálico.

La correspondencia al autor, Pasaje de Conesa, interior, tercero, izquierda. — Cartagena.

CUATRO PALABRAS SINCERAS AL LECTOR

No tengo pretensiones de poeta: sin la intervención TIRÁNICA de amigos bondadosos, no habría salido á luz este poemita.

No creo que mis versos merezcan entretener á la crítica; mas, si por ventura lo merecieren, cumpla en buena hora con su deber: sea su fallo adverso ó favorable, cuente de antemano con mi respeto.

La mayor parte del producto de la venta, si es que tiene alguna esta obrita, se destina al socorro de las familias pobres de las víctimas del "Reina Regente".

De este modo, lavo el pecado de su publicación y aplaco los remordimientos de mi conciencia.

Dios te guarde, lector.

El Autor.

EL MUNICIPIO DE MURCIA

EL MUNICIPIO DE MURCIA

El Ayuntamiento de Murcia, en virtud de las facultades conferidas por el Real Decreto de 15 de Mayo de 1877, y de acuerdo con el Consejo de la Corporación, ha acordado lo siguiente:

1.º Que se celebre un concurso para la adjudicación de un contrato de suministro de carbón para el consumo de la Corporación Municipal durante el año 1900.

2.º Que el concurso se celebre en el Ayuntamiento de Murcia, el día 15 de Julio de 1900, a las diez de la mañana.

3.º Que para participar en el concurso se presente una propuesta escrita, en la que se especifique la cantidad de carbón que se desea suministrar, el precio que se ofrece por cada tonelada, y el nombre del proponente.

4.º Que el concurso se celebre en el Ayuntamiento de Murcia, el día 15 de Julio de 1900, a las diez de la mañana.

5.º Que el contrato se adjudique al proponente que presente la propuesta más ventajosa para el Ayuntamiento de Murcia.

6.º Que el contrato se celebre en el Ayuntamiento de Murcia, el día 15 de Julio de 1900, a las diez de la mañana.

7.º Que el contrato se celebre en el Ayuntamiento de Murcia, el día 15 de Julio de 1900, a las diez de la mañana.

8.º Que el contrato se celebre en el Ayuntamiento de Murcia, el día 15 de Julio de 1900, a las diez de la mañana.

9.º Que el contrato se celebre en el Ayuntamiento de Murcia, el día 15 de Julio de 1900, a las diez de la mañana.

10.º Que el contrato se celebre en el Ayuntamiento de Murcia, el día 15 de Julio de 1900, a las diez de la mañana.

EL NAUFRAGIO

Allà va la nave:
¿quién sabe dò va?
¡Ay! ¡triste el que fía
del viento y la mar!

ESPRONCEDA.

I.

Cortando de la mar la cristalina
superficie serena y azulada
que hasta el lejano límite del cielo,
á unirse en beso inacabable, avanza;
dejando breve, como alegre huella,
surco de estela de luciente plata;
con el ronco tronar de sus cañones
dando un adios á las queridas playas;
el gigantesco acorazado parte
tremolando la insignia de la patria.

II

Soberbia nave, máquina de guerra,
 obra que inspira admiración y pasma;
 fortaleza flotante de acerados
 muros y fuertes torres artilladas;
 bajel veloz cual flecha, y que del cisne
 no envidia gentileza ni arrogancia.
 ¿Adonde vá? ¿Adonde lleva el rumbo?
 ¿A cumplir la misión del que lo manda?
 No; donde quiera Dios; donde el destino
 con su dedo inflexible le señala.
 ¿Qué vá á su bordo? Del deber esclavos,
 que impávidos al mar en él se lanzan,
 llevando, cual reliquias, los recuerdos
 del suelo patrio, consolando al alma;
 mártires ¡ay! futuros, que voluble
 señaló en sus designios la desgracia;
 héroes que la fama ya en la historia
 su página brillante les señala.

.

III

El espacio que espléndido luciera
diáfanos horizontes, que brillara
con el hermoso sol del medio día
y con azules transparentes gasas;
el cielo encantador que desde Cádiz
se extiende hasta las costas africanas,
súbito sus serenas perspectivas
por las señales de tormenta cambia,
cubriéndose con cárdenos vapores
que cual sombras fatídicas avanzan.
La brisa humilde, que con dulces besos
á la orgullosa nave acariciaba,
tórname en vendaval que enfurecido,
con intención siniestra se desata.
Y la mar, que extendiáse risueña,
besando al cielo en la extensión lejana,
revuelve horriblemente su oleaje
que como montes vacilantes alza,
los abismos hondísimos descubre
cuando sus velos tenebrosos rasga,

y, cual queriendo abalanzarse al cielo,
 en rencorosa colosal batalla,
 parecen sus acentos y sus gritos
 horrorosas blasfemias y amenazas...
 Fortaleza flotante, la que muerte,
 desolación y destrucción preparas
 con máquinas guerreras formidables,
 para el momento de la lucha humana,
 ¿qué eres ahora en la extensión inmensa?
 ¿qué ante las olas que iracundas se alzan?
 ¿qué eres ante el esfuerzo portentoso
 que hace para estrellarte la borrasca?
 ¿Qué eres ¡oh nave! sino débil pluma
 que se hunde y tiembla en las hirvientes aguas?
 ¿qué eres sino burbuja miserable,
 átomo flotador, brizna de paja,
 nubecilla deshecha por la brisa,
 sueño falaz, quimérica esperanza?...
 ¡Y si el furioso temporal arrecia,
 menos tal vez aún, acaso nada!

IV

La noche, como cómplice del cielo,
 del viento y de la mar, oscura avanza

y fúnebres crespones se creyera
que con sombras fatídicas enlaza,
para cubrir de soberano luto
la imponente catástrofe marcada
en el reloj del tiempo, cuyo arcano
tan solo Dios á comprender alcanza.
Las olas, cual legiones infinitas
de los genios del mal, que no se sacian
si no destruyen cuanto al paso encuentran
y de negro pavor llenan y espantan,
se suceden en vértigo tremendo
rugientes de furor, ébrias de rabia,
y de la nave á la cubierta llegan
una tras otra, sin descanso saltan,
se estrellan con estrépito terrible,
chocan y corren y otra vez se lanzan,
y quiebran, doblan, barren y se hunden
y rompen y desquician y arrebatan.
Y ayuda el vendaval que, rencoroso,
el férreo casco de la nave arrastra,
llevándole en pasmoso remolino
silbando de furor, como á una tabla;
se rompen las enhiestas chimeneas
que las olas titánicas arrancan;
de la bandera, símbolo querido,

se troncha el mástil, como frágil caña;
cada golpe de mar, que redoblado
de babor y estribor bate las bandas,
hace botin, hiriendo la obra muerta
que, igual que un fleco, con furor descuaja;
tiemblan en sus cureñas los cañones
y deshacer sus trincas amenazan;
el duro calabrote y la cadena,
tesando hasta lo máximo la amarra,
gimen, crugen y al fin hechos añicos
en latigazo formidable estallan;
los botes de sus fuertes ligaduras,
con atronante estrépito se zafan
y hechos astillas, como plumas leves,
envueltos van del huracán en alas;
se estremecen los puentes y se doblan
como si fueran de flexible palma;
se sumerge la proa, sin descanso,
y violenta la popa se levanta,
y la hélice, girando en el vacío,
vertiginosa trepidando, pasma,
perdiéndose la fuerza de la nave
que no surca, ni lucha, ni se aguanta;
del áspero huracán, el recio soplo,
rompiendo los faroles, los apaga;

de un embate titánico el esfuerzo
 desprende de su base la bitácora,
 y fuerza y luz y rumbo á un tiempo al buque
 en infernal conspiración le faltan.
 Y en rugiente, fragoso torbellino,
 todo se precipita y se desata
 y se confunde y choca y se amontona
 y se apiña y se oprime y se rechaza,
 y se remonta y se hunde y desvanece
 y de nuevo otra vez surge y batalla.
 Todo en horrible pavoroso estruendo,
 que atronante retumba, gime ó brama,
 y que en trágicos ecos repercute
 ó que lúgubre, un punto solo calla,
 libra, á merced de un vértigo infinito,
 un combate infernal con la mar brava
 y el violento huracán, que despiadados
 ni perdonan, ni cejan, ni desmayan.

· · · · ·
 · · · · ·

V

Cuadro monstruoso, asombrador, sublime,
 de magestad solemne que avasalla

y al espíritu admira y horroriza
 y al ánimo confunde, aterray pasma;
 cuadro ante el cual febril el pensamiento
 en delirio insensato se arrebatá,
 y demente hasta á Dios, á interrogarle
 pretende alzar sus impotentes alas;
 cuadro que inspira ideas torcedoras
 que á la mente fatídicas se agarran,
 produciendo torturas implacables
 y amarguras intensas en el alma...

VI

Y mientras en la lucha pavorosa
 su azote colosal la mar no aplaca,
 y la nave vacila ante su tumba
 en la fúnebre sombra abandonada,
 en donde apenas se dibuja, acaso,
 con los vagos contornos de un fantasma,
 ¿qué es de los hombres que á su bordo lleva?
 ¿qué es de los que la insignia de la patria
 tremolaron alegres, y creyeron
 tornar en breve á las queridas playas?
 En sus puestos impávidos se encuentran:
 ¿quién otra cosa en su baldon pensara?

en sus puestos, luchando con las furias
del cielo, el huracán y la mar brava,
sus vidas defendiendo, y más el buque
que á su custodia confió la patria;
en sus puestos, pensando en sus hogares
y en los seres queridos de su alma...
Sugetos sobre el puente, más sin duda
por el deber, que por la fuerte amarra
que se echa al cuerpo, si la mar es recia,
previniendo de una ola la emboscada,
velan un oficial y el comandante,
su turno haciendo en peligrosa guardia,
inmóviles sondando las tinieblas
con serenas intrépidas miradas;
firmes, igual que si en templado acero
sus cuerpos el valor petrificara,
y, ante el peligro, altivos, impassibles,
fríos como marmóreas estátuas.
Por los tubos acústicos sus órdenes
con enérgico acento el barco mandan,
y obedece la nave, que semeja
cetáceo colosal que entiende el habla.
La dócil obediencia y el silencio
del buque hermoso con la mar contrastan,
que ésta su estruendo horrible no apacigua

ni el desenfreno de sus furias calma.
Debajo de cubierta no hay un hombre
que en su lugar y á su deber no vaya:
Allá de la sentina en lo más hondo,
lugar que de un infierno tiene trazas,
igual que miserables condenados
los fogoneros los hogares cargan
y desnudos, tiznados, sudorosos,
en fondo de negruras se destacan
del fuego al rojo resplandor intenso
que, llenos de carbón, los hornos lanzan.
Hace girar el timonel la rueda,
y atleta la ilusión se lo forjara
al ver cómo gobierna fácilmente
y su brazo á la nave el rumbo cambia.
Los maquinistas, los obreros nobles
que á la cabeza del progreso avanzan,
tienen con temeraria indiferencia
la mano firme puesta en las palancas,
y, atentos á las órdenes del puente,
velando van la poderosa máquina,
que hace mover, como titán frenético
en incesante y prodigiosa marcha
los vástagos enormes de los émbolos,
músculos del titán, que con sus rápidas

vueltas sin fin, hasta las mismas hélices
 sus movimientos vigorosos mandan...
 Hay estremecimientos misteriosos,
 palpitaciones que se sienten vagas,
 vibraciones, constantes sacudidas,
 golpes sordos, gemidos que se escapan,
 y es del barco en conjunto, todo á un tiempo,
 en complicado mecanismo, el alma.
 Los jefes, oficiales y soldados,
 marineros y clases, no descansan;
 pasea silencioso el centinela,
 agítase la gente de la guardia,
 las escotillas cierra el contraamaestre
 para evitar que las asalte el agua,
 inspecciona el cañón el artillero,
 se alistan las cadenas de las anclas,
 se disponen las bombas de desagüe,
 botes y salvavidas se preparan...

VII

Agitaciones elocuentes dicen,
 con siniestro lenguaje, algo que espanta;
 sin ninguna excepción, en cada rostro
 una ansiedad terrible se retrata;

en secreto se anuncia la catástrofe,
 y, sembrando el terror, corre galvánica;
 se agolpan en la mente los recuerdos
 de séres y de cosas adoradas;
 al máximo el dolor lleva la angustia
 cuando la horrible realidad se palpa;
 surcan ardientes los curtidos rostros
 las hasta entonces contenidas lágrimas,
 y en opresiones asfixiantes gimen
 los congojados pechos y gargantas...
 ¡Y tanto cambio y variedad sujetos
 á un orden sepulcral que hiela el alma!

VIII

De pronto, de la nave horrendo grito
 de cuatrocientos séres se levanta;
 grito de angustia, pavoroso, lúgubre,
 que el ronco estruendo de la mar apaga;
 grito de mil torturas horrosas,
 imprecación con dejos de plegaria,
 grito, aunque breve, de tan fuertes ecos,
 que aun lo oye el corazón de toda España.
 Acaso á los impulsos formidables
 de los golpes del mar, precipitada

la nave fué en el seno del abismo,
que le ofreciera, en pompa soberana,
tumba soberbia y colosal sudario,
en el fondo insondable de sus aguas.
Acaso el arrecife peligroso
del bajo oculto, aleve la acechaba
en su fúnebre aciago derrotero,
y rasgando su quilla y su coraza
cual vientre putrefacto, un ancha vía
para la muerte hiciera y para el agua.
Acaso, ciega, sin saber adonde,
con sus inciertos rumbos, insensata,
fué su mole á estrellar entre los riscos
cortantes de la costa acantilada.
Revuelta, acaso, con la quilla arriba,
los cañones desplómanse y la máquina,
y desquician y rompen tremebundos
y hombres y cosas, sin piedad, machacån;
las calderas, tal vez, se hunden candentes
y en estampido inusitado estallan,
volcando el fuego de sus rojos hornos,
que corre en ríos como hirviente lava;
como tromba infernal el mar, acaso,
bramador y frenético se lanza
por dentro de la nave rencoroso,

y ahogando sin piedad los seres mata.
Y entre violentos choques y estampidos,
golpes, truenos y silbos que acobardan,
y sombras tenebrosas en la noche
y sombras tenebrosas en el alma,
en su fiera labor, quizás la muerte
sus tormentos sin fin tenaz ensaya,
y hay seres que agonizan abrasados
ahogándose á la vez dentro del agua,
y que espiran sintiendo en su agonía
el golpe que terrible los aplasta;
y hay, acaso, dolores indecibles,
angustias horrorosas impensadas,
martirios de un instante de mil siglos,
murmullos de oración, gritos de rabia,
llantos que sin brotar dejó la muerte,
suspiros que detuvo en la garganta,
desgarradores ayes y quejidos,
espantoso terror en las miradas,
las más desesperantes expresiones,
demencias que de verse contagiaran,
arranques de heroísmo no soñados,
desalientos que el ánimo aletargan,
intentos de suicidios que no llegan,
siniestras agonías que no acaban,

y cuerpos que se agitan convulsivos,
y bocas que aspirando se atragantan
y brazos que se mueven en las sombras,
miembros rotos y carnes aplastadas
y estertor, contorsiones y latidos,
y en todo, en fin, sanguinolenta mancha...
Acaso, cuando viste de arreboles
los mares, ya serenos, la mañana,
en un refinamiento repugnante
y entre suaves reflejos de esmeralda,
la muertè, allá en el fondo del abismo,
su cuadro con soberbio arte detalla,
gastando en su labor interminable
sus mil recursos de belleza bárbara,
¡y, acaso, como cómplice, el tormento
con toques vigorosos le ayudara!

IX

En informe montón deshecho el buque,
que en el fondo del mar en paz descansa:
triste reposo, realidad sublime
de lo que es ante Dios la fuerza humana;

y con él cuantos séres á su bordo
 la férrea fortaleza gobernaban,
 ya sin sueños de gloria, sin afanes,
 ni dulces ilusiones, ni esperanzas;
 cadáveres que rígidos quedaron
 como el postrer aliento los dejara:
 oprimiendo á su pecho un salvavidas,
 colgados al subir por las escalas,
 por violentos dolores retorcidos,
 en actitud de súplica ó plegaria;
 rostros por el espanto descompuestos,
 cuerpos que fiero golpe mutilara,
 ojos que de sus órbitas se salen
 aún con terroríficas miradas,
 aún con mudos dolorosos gritos
 bocas que la tortura desencaja,
 y cráneos y miembros sin sus cuerpos
 y cogidas doquier manos crispadas.

X.

Y allá arriba, la tersa superficie
 sonriente y sin rastros de su hazaña,
 y por ella otros barcos presurosos

dejando estelas de luciente plata,
en busca del potente acorazado
que duerme el sueño eterno bajo el agua.
Y allá las poblaciones impacientes
con hondas inquietudes, azoradas,
en el buque pensando noche y día,
presas de angustias y mortales ansias...
Y allá también, allá donde es la nave
carne de séres y pedazos de alma,
fórjanse las inquietas muchedumbres
sueños de salvación que las encantan;
hay tristes alegrías producidas
por ilusiones y noticias falsas;
posibles realidades espantosas
cual quimeras horribles rechazadas;
quimeras como hermosas realidades
con júbilo acogidas porque alhagan;
alborozos y fiestas que, de súbito,
en funerales rogativas cambian;
mujeres que preguntan afanosas,
mesándose el cabello desoladas;
otras que escuchan, espiondo, acaso,
la verdad desastrosa que las mata;
hombres que os interrogan en silencio
con los ojos preñados por las lágrimas;

hogares que el dolor vistió de luto,
rostros donde la pena se retrata,
gritos desgarradores, desconsuelos,
súplicas, desvaríos, amenazas,
ansiedades, zozobras, impaciencias,
rumores que los ánimos levantan,
expectación, sorpresas, desencantos,
expansiones, recuerdos, alabanzas,
y todo, en fin, lo que en la vida late
cuando con golpe bárbaro descarga
el destino fatal sus negras furias
del grupo humano en las enormes masas,
y éstas, con el tormento retorcidas,
y en sublime anarquía declaradas,
borrando su dolor clases y esferas,
las mezcla, las confunde y las enlaza.

XI

Y en tanto, de la nave ni un vestigio;
crece el dolor y mengua la esperanza;
de duda y de misterio ante su suerte
un muro impenetrable se levanta,
y en sus inmensos ámbitos perdida
la catástrofe horrenda la mar guarda.

¡Se sabe que hay un mar amargo y grande
y una nave cual átomo en sus aguas,
y que hay un mar de hiel en cada pecho
de los que llenos de zozobra aguardan!...

XII

Tras esas noches negras y traidoras
y los eternos días de borrasca;
cuando los cielos, con su azul más puro
los lípidos espacios engalanan;
cuando la mar, serena y bullidora,
de su labor de destrucción descansa,
y reflejan las ondas los ardientes
rayos que el sol enamorado manda;
cuando las olas perezosas llegan,
pérfidas sí, mas de luchar cansadas,
murmurando canciones misteriosas,
á las limpias arenas de las playas;
cuando durmiente el huracán furioso
pliega rendidas las potentes alas,
y es tan sutil la brisa, que parece
aliento blando de mujer amada,
dando pruebas brutales de su crimen
y arrancando á la vez toda esperanza,

arroja el mar, como despojo inútil
del fúnebre botín de la batalla,
entre los restos de la hermosa nave
que ayer el puerto abandonó gallarda,
cadáveres flotantes que repugna
su vientre colosal que no se sacia...

XIII

¡Ay si los tristes lánguidos acentos
que el mar murmura entre cadencias vagas
pudieran traducirse! Entre sus ritmos,
acaso vienen ayes y plegarias,
voces roncas que acusan y blasfeman,
rugidos de dolor, gritos de rabia.
¡Así es amargo el mar! ¡Y no ha de serlo,
si al caudal infinito de sus aguas
van á parar las hieles y amarguras
de otro caudal de penas y de lágrimas?!...

V. MEDINA.

POESIAS
VARIAS

AYUNTAMIENTO
DE MURCIA
ARCHIVO

EST^E

10

TAB^A

F

N.º

35

J. M. Y.